

1

La taberna de las Ratas no siempre se llamó así; los madrileños le pusieron ese nombre hace pocos años, un invierno de hambre y frío en que aquellas bestias del demonio se comieron a los trillizos del matrimonio que gobernaba el establecimiento, devorados del todo, que me muera si os miento, señor. La taberna estaba llena a rebosar, ¿sabéis?; los pequeños, aún unos niños de pecho, dormían en el piso de arriba. Nadie se apercibió del llanto desesperado que rompía las cunitas invadidas, de los chillidos infantiles de dolor y agonía. Os juro a vuestra merced que cuando la madre subió a verlos, más tarde, no encontró de sus niños más que una colección de huesecillos ensangrentados que aún olían a terror y al aceite de manzanilla con que la mujer untaba a sus niños para que durmieran mejor.

—Un mal final —se limita a decir el joven Rocamaura, y un humo gris sale de su boca y se evapora en el aire gélido.

El campesino es de corta estatura, panzudo y recio. Una sombra empaña la viveza de sus ojos al oír aquella respuesta, seca como un hueso recién roído. Con una de sus manazas curtidas por el sol y el hielo se acomoda las calzas de lana y se refugia en la simetría casi perfecta de las lechugas, cebollas y nabos dispuestos en su tenderete. El joven Rocamaura le

mira imperturbable; es un hombre lacónico que tiene para sí que las palabras son cavernas repletas de rincones oscuros en los que anidan mentiras y deslealtades, y por ello su suave acento mediterráneo brota en contadas ocasiones, y siempre con premeditada morosidad. Ahora sigue observando al campesino con sus ojos de pozo.

—Un mal final, ni que lo digáis, vive Dios —prosigue el campesino pensativamente, la vista aún baja—. Pero eso no es todo. Dicen que la pobre madre enloqueció de tal manera que se armó con un cuchillo de matarife y se lió a mandobles contra los parroquianos, a quienes acusó de amigos de las ratas, de asesinos o de alguna cosa parecida. Grande fue la carnicería, y quien no se llevó un pinchazo o una estocada acabó degollado. La Justicia Real fue misericordiosa y mandó ahorcar a la infeliz sin proceder al preceptivo arrastramiento del cadáver.

Rocamaura siente un repentino aliento helado en el rostro y ahoga un estremecimiento. La historia de los pobres niños le ha sobrecogido, pero está acostumbrado a ocultar sus emociones. Mira por encima de la cabeza del campesino, más allá de los sucios tenderetes del mercado, de los perros famélicos, de los golfillos que corretean por todas partes y de las hogueras diseminadas aquí y allá para dar calor a compradores, vendedores y curiosos. En el otro extremo de la plaza del Arrabal, junto al polvoriento camino de Atocha, la mole helada e inacabada de la Casa de la Panadería muestra su esqueleto de ballena milagrosamente varada en la meseta. Algunos madrileños contemplan con arrobos las obras, como si se tratara del advenimiento del Espíritu Santo. Pero el sol ya se está ocultando, las sombras se alargan como una amenaza implícita y el frío empieza a ser tan intenso que tal parece que se haya solidificado sobre los tenderetes. Saca Rocamaura de su bolsa con dedos ateridos unos reales más y se los entrega

a su informante, que a la vista de las monedas sonríe torpemente.

—¿Allí encontraré al anciano?

—Allí mismo, sí señor, que me muera si os miento.

No se despide el joven, sino que se da la vuelta sin más y se mezcla con la masa de cuerpos encogidos y apresurados. Está satisfecho. Camina muy erguido, como si estuviera hecho de metal, y el campesino le mira con curiosidad; se pregunta qué firme propósito dirigirá los pasos de aquel hombre, puesto que solo quienes tienen un objetivo claro se mueven como si su éxito dependiera del ángulo de su espalda; los desesperanzados y los errabundos vagan por el mundo encorvados.

—Manos de cura y corazón de hielo —musita para sí el campesino antes de volver a acomodarse las calzas.

El hombre ha acertado, aunque no del todo. Al joven Rocamaura le asiste un designio, cierto, pero en aquel momento le acucia sobre todo la necesidad imperiosa de un fuego que caldee su cuerpo y un sueño que le consuele de la semana eterna que lleva en Madrid: persiguiendo una sombra esquiva, indagando el paradero de ese anciano del que todo el mundo ha oído hablar, pero al que nadie conoce. Siete días en los que se ha gastado sus buenos reales comprando rumores y valorando chismorreos, ajeno a las burlas o a los recelos que su marcado acento catalán ha despertado entre la gente. Ahora Rocamaura quiere calentarse y dormir, aunque sabe que tampoco dormirá bien esta noche, que los sueños reparadores le abandonaron hace dos semanas, una tarde de tristeza y susurros en que pronunció un juramento que ya le pesa como mil fardos. E intuye que esta noche sus pesadillas olerán a terror y a aceite de manzanilla.

Pocas horas después, el alba le encuentra despierto sobre el jergón y repitiendo en voz baja las indicaciones del cam-

pesino. El joven Rocamaura sabe leer en los ojos, y los del campesino le aseguraban que hoy terminará al fin su búsqueda. Antes de ponerse en pie se pasa la lengua por los labios. Los tiene agrietados, como siempre que se aleja del mar.

En la mañana del octavo día, pues, se abriga con esmero, sale del mesón y emprende la última de sus caminatas por Madrid. Pregunta aquí y allá para no perderse, y en poco rato localiza los corrales de comedias de la calle del Príncipe, ahora cerrados a cal y canto, y se enfrenta a los inmundos charcos de la calle Huertas. Los sorteja con decisión, y sus movimientos, ágiles y bien calculados, denotan que está acostumbrado a evitar desperdicios, aguas negras y salpicaduras: pertenece a la ciudad. Y, sin embargo, un observador avezado podría percibir algo de impostado en su soltura, un fingimiento que le revelaría que ese joven alto, pulido y delgado, de rostro firme y adusto, no se encuentra del todo a sus anchas: que le son ajenos los adoquines que pisa y los muros desportillados que le rodean, húmedos como lenguas hambrientas; y, sobre todo, que no le conciernen aquella ciudad y aquellos fríos, los primeros del otoño madrileño: la helada ha caído como a traición en ese año de gracia de 1614, y ha borrado de un plumazo la memoria cálida del verano.

«Madrid es una ciudad aterida, aplastada y gris», piensa Rocamaura con disgusto. Y piensa también que la bolsa de lona que sujeta su mano le pesa cada día más: el peso de la palabra dada.

El joven se detiene, se cala el sombrero y mira a un lado y a otro y aún más allá, buscando. La calle está desierta. Durante una décima de segundo duda de su fe en las palabras del campesino, pero rápidamente recupera su aplomo: Rocamaura no conoce el desaliento, y menos cuando, como es el caso, guía sus pasos una misión tan incomprensible como sagrada. Sus narices se ensanchan, suspira hondamente, escu-

cha. En el aire silencioso y cortante flota un olor a barquillos y tostones, y se percibe la urgencia de los humos de las primeras chimeneas. De vez en cuando resuena en las piedras, como latigazos, algún lejano entrechocar de espadas, una voz más alta que la otra o las ruedas de algún carruaje que transita por la calle del Príncipe. Rocamaura decide el recorrido y los tacones de sus botas vuelven a herir la piedra. Esquiva a un par de caballeros de capa y chambergo a cuya animada charla ni siquiera presta atención, y también pasa por su lado un atildado individuo que parece llevar en la frente un cartel que pregona su condición de empleado ministerial. Recuerda el joven que hace ocho años que la corte del místico Felipe el Tercero se reinstaló, quizás ya para siempre, en Madrid, y se dice con ironía que los fastos de la monarquía castellana son, sin embargo, una verdad a medias: la España imperial, o al menos la que él ha visto en sus viajes, se desangra por las costuras de la piratería, la burocracia y las prebendas, y no hay noble sin su correspondiente rebaño de campesinos maltratados por los impuestos, la peste, el hambre y la tristeza.

—Una limosna para este combatiente de Lepanto.

Un pedigüeño desgarbado, de huesos prominentes y ojos ausentes apoya la espalda en el muro y el culo sobre los adoquines; a su alrededor, un olor a sudor endurecido y a orina vieja se arrastra como una culebra. El joven se detiene de nuevo, se lleva la mano a una bolsita de cuero atada al cinto y extrae una moneda que tira con escasa puntería a los pies del mendigo.

—Busco la taberna de las Ratas —dice.

—Ahí la tiene vucencia.

La mano desanimada del pedigüeño ha señalado una puerta situada a escasos metros. El joven vuelve a suspirar, como si, por alguna razón inexplicable, llegar a su destino le hubiera agotado de pronto. En el agua cansada de sus ojos

parecen haber anidado de pronto las incontables horas pasadas a lomos de su mula en la ruta hacia Madrid, la monotonía de decenas de puestas de sol, las lunas desnudas y tristes, el polvo de media España. Por eso aún hay fatiga en su mirada cuando se yergue ante el umbral del viejo caserón, quizás para otorgar cierta gravedad al instante largamente buscado, y le asalta un aire oscuro y espeso suspirado por la oquedad de la puerta. Se quita el sombrero con solemnidad, avanza un paso, y parte de su dignidad se esfuma cuando tiene que encorvarse como un perro asustado para cruzar la puerta de la taberna de las Ratas; una vez dentro espera pacientemente a que sus ojos se acostumbren a la penumbra. Ningún ruido, ninguna conversación. Su mirada se apropia de las escasas mesas de madera mal tallada sobre las que se alzan algunas velas de llama perezosa e insuficiente, se apropia de la escalera que asciende hacia el piso superior, se apropia de las decenas de telarañas instaladas al amparo del techo y del perfil inconfundible de una cabeza disecada que pende de una de las paredes: la enorme cabeza de un toro perplejo, polvoriento y ensimismado.

—Sed bienvenido.

No contesta el recién llegado, y ni siquiera se molesta en averiguar la procedencia de la voz. Rocamaura recuerda las ratas, los niños devorados, la madre loca, y, como si buscara algún eco perdido de aquel drama, mira ahora bajo la cabeza de toro, donde se abre el agujero helado de una chimenea.

—¿No quiere pasar vuestra merced?

A la derecha se alza un largo tablón instalado sobre dos barriles. Tras el tablón, un orondo posadero ha posado sus ojos en el recién llegado, esperando respuesta; tiene junto a él, al alcance de su mano derecha, una pistola de chispa bien cebada que parece dormir una siesta vigilante.

—Gracias —dice Rocamaura con voz casi inaudible.

—¿Qué deseáis beber?

—Nada.

Las pupilas del joven se mueven inquietas, y en un segundo ya no prestan atención a la taberna, ni al posadero, ni a nada que no sea una escueta figura masculina sentada frente a la mesa más alejada. El corazón de Rocamaura late más rápido y piensa: «Tiene que ser él». Se lo han descrito varias veces, ha visto su rostro de ojos profundos congelado en una estampa, no hay duda. Piensa también que el hombre es tan delgado y se encuentra tan inmóvil que bien hubiera podido pasar por un espectro aletargado, puesto que solo el movimiento frenético de su mano derecha sobre el papel revela que está vivo. Rocamaura le mira con detenimiento y advierte que el hombre es muy mayor, prácticamente un anciano. A su lado se alza una pila de papeles. Pero es Rocamaura hombre práctico y poco dado a regocijarse de sus victorias, así que en cuatro rápidas zancadas se planta frente al escribiente.

—He venido a traeros algo —dice por todo saludo.

Nada, ni una leve vacilación, revela que el hombre que escribe haya escuchado sus palabras. Rocamaura decide esperar. Aprovecha para observar con detenimiento al viejo; el grueso jubón negro que viste sobre una camisa que antaño fue blanca; su cabeza, mal poblada por cuatro pelos canos, que se inclina sobre un papel al que la urgencia inunda de renglones de brillante tinta negra. La larga pluma de ganso se agita nerviosamente sobre el papel produciendo un leve crujido, como el de un arañazo. Y así permanece el escritor, enfrascado en sus letras, hasta que de pronto la pluma se detiene en pleno vuelo, diríase que decidida a tomarse un respiro. Una voz cascada brota como una ráfaga de viento invernal.

—¿Algo? ¿Tal vez una sorpresa?

—Tal vez.

—A mi edad, las sorpresas las carga el diablo, vive Dios —murmura el viejo.

Ahora sí, la cabeza del escritor se alza con parsimonia, como si le costara un esfuerzo infinito separarse de la realidad de la tinta y del papel. Muestra un rostro alargado al que surcan decenas de arrugas profundas y aún más pálidas que la piel lúcida que las rodea. Su boca de finos labios está fruncida con firmeza. Los bigotes, largos y caídos, y la barba de pico rala y canosa le dan cierto aire de aristocrático hastío, aunque sus ojos, densos, marrones y penetrantes, desmienten rápidamente esa impresión. Rocamaura decide que son los ojos de quien ha visto mucho y ha mirado aún mucho más.

—Por todos los santos, ¿quién sois y qué queréis de mí, aparte de interrumpirme? —pregunta el anciano. En su boca casi desdentada las eses parecen adquirir mil matices, pero las erres, por el contrario, agonizan aun antes de ser pronunciadas.

—Mi nombre es Rocamaura. Soy comerciante de telas. De Barcelona.

—Que sois de Barcelona ya se ve. Reconocería ese acento entre mil acentos. Y también se ve por vuestro aspecto atildado que sois hombre de calidad. —El escritor suspira e introduce la pluma dentro del pequeño tintero de cerámica que tiene a su derecha—. ¿Y a qué venís, señor Rocamaura?

—Os lo he dicho. A traeros...

—A traerme algo, ya, ya os he oído. —Una pausa—. Pues a fe que en mal momento habéis venido a Madrid, puesto que el invierno nos ha caído de repente, como habréis visto. Y el invierno en esta ciudad nunca ha sido compañero de fiar. —Parece que el anciano va a continuar hablando, pero se detiene de pronto, tal vez reflexionando sobre sus propias palabras. El silencio dura unos pocos segundos—. Decidme una cosa, señor que me ha interrumpido. ¿Habéis visto al soldado de Lepanto que pide limosna en la calle?

Rocamaura ahoga una mueca de extrañeza. Calibra las palabras del viejo, su intención.

—Sí —responde al fin.

—¿Y por ventura le habéis dado esa limosna?

—Un real.

Una carcajada súbita e inspirada del anciano retumba en el local vacío, agitando el aire y despertando extraños ecos. La risa tropieza en una tos seca y se extingue rápidamente, pero en el rostro divertido del viejo ya se han formado nuevas arrugas, que no son de decrepitud, sino de pura socarrería.

—Sois joven, comerciante y catalán —dice, aún tosiendo—, pero a fe que sois también un poco botarate, y que la sorpresa os la voy a dar yo a vos.

—¿Por qué?

—Mi querido amigo, si todos los que dicen ser antiguos combatientes de Lepanto dijeran la verdad, hubiera hecho falta una flota el doble de grande para darles cabida a todos.

Enrojece Rocamaura, y en su rostro se forma un rictus de cólera que topa con la guasa sólida y segura de sí misma que emana del anciano. El joven no es tonto, y entiende que acaba de pagar el precio ajustado a su interrupción. Aun así, la sensación de sentirse humillado logra pervertir su habitual frialdad, y tiene que obligarse a recordar el motivo que le ha llevado ante aquel anciano desdentado y burlón.

—Vamos, sentaos —invita ahora el viejo en tono conciliador—. Prometo que no me burlaré más de vos, al menos hasta que me digáis qué es ese asunto tan misterioso que os ha traído hasta aquí.

El joven Rocamaura toma asiento de sopetón, como si con esa brusquedad quisiera borrar la humillación a la que acaba de ser sometido. Deja la bolsa a su lado, sobre el banco, mira fijamente los ojos turbios de su interlocutor y percibe

en ellos curiosidad, y eso le hace sentirse complacido. También percibe en esos ojos un notable desorden en huesos y humores.

—¡Bartolomé, dos vasos y una jarra de vino, haced el favor! —grita el anciano, a quien aún se le escapa alguna sonrisa zumbona entre los dientes—. Aquí hay un amigo al que quiero invitar.

El aludido sonríe desde su puesto tras el tablón.

—¿Amigo? Pero si ni siquiera le conocéis.

—Hacedme caso, posadero aburrido.

—Ya va, ya va. Demasiados amigos tenéis, y pocos pagadores.

Acoge el anciano la protesta abriendo las manos en un gesto de resignación, y a continuación se inclina sobre el papel, como si de pronto hubiera recibido la llamada de alguna de las palabras que él mismo acaba de escribir. Arquea las canosas cejas y su mano aletea caprichosa sobre la pluma. El posadero ya se está acercando con andares de galápago.

—Por lo que a vos respecta —dice el anciano renunciando a la pluma y a sus papeles y levantando la mirada hacia Bartolomé—, si vuestro vino fuera tan bueno como vuestras pulgas, otro gallo os cantaría.

El posadero deja dos vasos y una jarra sobre la mesa.

—Yo no quiero gallos que me canten —musita—. Ya tengo a una gallina que desafina.

—Las gallinas no cantan, ni mucho menos desafinan.

—Vos no conocéis a mi mujer. Que os aproveche, señor Cervantes. Y a vos también.

Responde el anciano con un mudo asentimiento de la cabeza y, acto seguido, sirve vino en los dos vasos, da un buen sorbo al suyo y mira de nuevo a Rocamaura.

—Bien, ¿y qué es eso que me habéis traído?

—Antes de dároslo, debo poner una condición.
—¿Una condición? —repite el viejo con sorna—. ¿Cuál?
—Que me contéis todo lo que os sucedió cuando estu-
visteis en Barcelona.

Ahora el escritor abre mucho los ojos, hace un gesto de
extrañeza, parece que no se decida entre echarse a reír o eno-
jarse.

—¿Cómo decís? —pregunta con incredulidad.

Rocamaura toma aliento antes de contestar.

—Que me contéis todo lo que sucedió...

—Ya, ya os he oído. Pero, pero... ¿Barcelona? Vive Dios
que es una condición grotesca y extravagante. Además,
¿cómo sabéis que yo he estado en Barcelona?

—Lo sé, simplemente.

—Entonces tendréis también una idea de cuánto tiempo
hace de eso.

—Más de cuarenta años.

El escritor queda un momento callado. Carraspea antes
de preguntar:

—¿Quién diablos sois?

—Ya os lo he dicho.

—Estáis comenzando a irritarme, eso es lo que os digo
yo.

—Calmaos, os lo ruego. Os juro que lo que tengo para
vos no os dejará indiferente.

Cervantes niega con la cabeza, ya dueño de la situación.

—Sigue sin ser razón —dice—. Además, considerad la
posibilidad de que no me apetezca hablar de Barcelona, ni
de nada, con vos ni con nadie. Y menos con vos, que sois un
extraño. Considerad la posibilidad de que mis recuerdos sean
míos, y tan solo míos, y que por tanto yo sea su completo
dueño. Y considerad la posibilidad, finalmente, de que el
hombre prudente sea mucho más dueño de sus noes que de

sus síes, puesto que el silencio es tan hijo de la virtud como de la necesidad.

El joven sostiene a duras penas la mirada severa que le dirige Cervantes y piensa en su padre, en lo que le hubiera aconsejado aquel comerciante sabio, taciturno y avisado ante semejante trance: que se levantara y se fuera como alma que lleva el diablo. Su padre, que le había enseñado las técnicas de la lectura de los ojos y las siete reglas secretas de los fenicios para negociar con ventaja, tenía para sí que a las personas de fiar se las mide con solo mirarlas, porque su alma es diáfana como el aire después de la lluvia. «Huye de aquel a quien no puedas medir», le decía con su voz nasal. Recuerda Rocamaura que la mañana en que iba a morir, cuando ya estaba postrado en una cama que olía a sudor agrio y a enfermedad, su padre le había llamado para comunicarle solemnemente que dejaba en sus manos el próspero negocio familiar:

—Y, sobre todo, jamás olvides lo que te voy a decir, hijo. Con los griegos debes ser firme. Con los persas, adulador. Con los flamencos, precavido y muy puntual. Con los venecianos, flexible. Con los chinos, cuya astucia es tan legendaria como su seda, solo hay una táctica para negociar: la tenacidad. Y con los castellanos debes actuar como las serpientes, que dan vueltas alrededor de su presa esperando el mejor momento para atacar.

Hace seis años desde aquella mañana sombría, y Rocamaura comprende ahora, próximo al desconcierto, que por primera vez en su vida se ha topado con un hombre al que no puede medir y mucho menos reconocer, y que este hecho le sitúa en preocupante desventaja; echa un vistazo a la bolsa que reposa a su lado, pero decide no mostrar todavía su contenido: no sabe cómo reaccionará su interlocutor, y Rocamaura actúa siempre sobre seguro. «Con los castellanos debes actuar como las serpientes».

—¿Soléis escribir aquí? —dice Rocamaura, mostrando un súbito interés por las paredes que les rodean—. Parece poco inspirador.

Cervantes está serio. Sus ojos escudriñan al joven con desconfianza, pero aun así responde:

—Creedme, mi casa es aún menos inspiradora que este lugar. Cierto es que no hallaréis aquí cómodas escribanías, ni sillas de mullidos cojines para mis pobres huesos, ni candelabros que den luz a mi vista quebrantada. Este es un lugar inhóspito y con cierta tendencia a la tenebrosidad, sí. Empezando por su nombre. Pero para mí esta taberna es más espléndida que el palacio de Muley Mohammed en Túnez, y aún más valiosa, puesto que hay aquí lo único, lo más preciado que al escritor le es menester para crear: soledad. La soledad es la mejor compañía para escribir con entendimiento, señor, y poco la alcanzo con la presencia perpetua en mi hogar de mi esposa Catalina y mi sobrina Constanza, a quienes Dios, eso sí, guarde muchos años.

—Amén.

Solo una levísima sonrisa de Cervantes acoge el comentario de Bartolomé.

—¿Y puedo preguntaros qué estáis escribiendo? —dice el joven.

—¿Ahora os interesan mis trabajos? ¿Habéis olvidado, por ventura, la sorpresa que me traíais?

Rocamaura abre los brazos en un gesto aplacador.

—¿Qué daño os hará un poco de conversación? —pregunta zalamero.

Acoge esa respuesta el anciano con varias arrugas más en su frente. En su boca desdentada se abre una sonrisa teñida de vanidad y las arrugas desaparecen como por arte de magia.

—Escribo la segunda parte de mi Quijote —responde tras

beber del vaso varios sorbos cortos, pero sin tregua—. A punto estaba de acabar el capítulo cincuenta y nueve.

El joven se lleva una mano al interior de su sobretodo.

—¿Cincuenta y nueve? Veréis, precisamente traigo un libro que os quería enseñar. Lo compré de paso por Tarragona. —Extrae un volumen manoseado y lo pone sobre la mesa. Cervantes lo mira primero con curiosidad y luego con asco, como si tuviera frente a él un insecto dañino—. «Segundo tomo del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras. Por el licenciado...».

El golpe seco de la mano de Cervantes sobre la mesa corta las palabras del joven. Las llamas de las velas más cercanas se agitan descompasadamente, y en un instante retornan a su verticalidad.

—Alonso Fernández de Avellaneda, de profesión historiador menguado y de vocación traidor escrupuloso —escupe el escritor.

—Amén otra vez —suelta Bartolomé desde el mostrador.

—¿Lo habéis leído? —pregunta el joven, señalando con el dedo el volumen.

—Pues sí, la verdad. Es más simple que ser rey de Francia y llamarse Luis.

—Con franqueza, me ha sorprendido la cantidad de insultos con que se despacha con vos. No me gusta repetirlos, pero os llama murmurador, colérico, manco...

—Ya, ya sé.

Cervantes hace un movimiento con la mano, como si quisiera despedir esas infamias y borrarlas de la memoria, ya que no puede borrarlas del papel. Un sedimento de cansancio parece haberse depositado en sus ojos cuando musita «Por un oído me entra y por el oro me sale», pero son palabras que suenan a falso, y el joven opta por callar y esperar. Transcu-

rren unos segundos, al cabo de los cuales los nudillos del escritor golpean el lomo del libro como si estuvieran llamando a una puerta. Su semblante parece haber recuperado su sorna habitual.

—Aunque anda errado ese pelagatos con lo de criticarme por manco. Primero, porque no soy manco, puesto que mi mano izquierda está en su sitio, como veis. Lo que ocurre es que la tengo más inútil que un arcabuz sin pólvora.

—Decidle, decidle al catalán cómo llamáis a vuestra mano —reclama Bartolomé.

—Bueno —accede el escritor con una sonrisa—. «La capellana», la llamo yo.

—¿«La capellana»? —se extraña Rocamaura.

—Sí. Porque es como todos esos capellanes, curas, sacerdotes, clérigos, abates, frailes y cardenales que pueblan España. Están ahí, sí, pero vive Dios que no sirven para nada. Como mi mano. Señor Bartolomé, ahorraos el amén, que ya lo presiento bien dispuesto en vuestra boca. —Una risa alegre alivia el semblante de Cervantes—. Y segundo, como os iba diciendo, y también lo más importante: mi herida es de difícil ver, pero no la he conseguido en una taberna de tres al cuarto precisamente. «Manco» es para mí un halago, quiero decir, porque son para mí un orgullo los tres arcabuzazos que recibí en Lepanto. Aunque no me valieran ascenso alguno, todo hay que decirlo. Además, no quiero hablar más de ese tal Avellaneda. —Cervantes acompaña el nombre con una contorsión de desprecio en sus labios. Agarra su vaso y da de nuevo varios sorbos cortos—. Hablar de él para qué, si a ese no hay quien le desasne. No, no quiero darle fama diciendo su nombre. Ya tendrá lo que se merece en mi segundo Quijote, ya veréis. Yo, Miguel de Cervantes, desenmascararé para la eternidad a ese escritor de mantequilla. Día de juicio hay, donde todo saldrá en la colada. Y ahora, voto a tal, in-

sisto, quitad ese libraco de mi vista. Tiradlo al fuego, cuando Bartolomé tenga a bien encenderlo, o adonde más os plazca.

Obedece Rocamaura con presteza, y cuando el volumen ha acabado de mala manera sobre el banco, le parece que a Cervantes se le ha quitado de encima todo el peso del mundo, puesto que su mano relajada se posa sobre la resma de papeles recién escritos: no con autoridad, sino con cariño, como quien acaricia a un hijo recién nacido.

—Aquí está la verdad, aquí. Si el Quijote mentiroso va hacia Zaragoza, yo haré que el mío se desvíe hacia Barcelona. Recibirá tantos palos como Dios quiera enviarle, y ahí concluirán sus aventuras. Y nada más. En Barcelona estará la verdad.

Miguel de Cervantes enmudece de pronto, su vista atrapada en los refinados meandros de sus letras, tal vez palpando la nitidez de sus líneas, tal vez recorriendo sus significados ocultos. Unas campanas suenan amortiguadas desde la ciudad helada y árida, que ahora parece hallarse muy lejos. «La verdad, sí», repite Cervantes en voz baja, y un estremecimiento parece llevar en volandas sus ojos hasta la boca anohecida de la chimenea, y entonces su cuerpo reviste una quietud de mineral y su piel tensa por la vejez se tensa aún más por el impacto de cosas que solo él ve. No se dirige a Rocamaura cuando dice:

—La verdad, pura y diáfana bajo la luz del sol. ¿Sabéis qué es la verdad? No. Vos, por joven, no podéis hacer os juicio firme de las añagazas que oculta esta palabra. ¿Sabéis, por ventura, cuántas verdades hay? ¿Conocéis el dolor de la verdad? Tampoco. —El escritor hace una pausa—. Dejadme que os cuente: una vez, en las cercanías de Toledo, conocí a un hombre. Cosme Soler llamábase. De oficio descubridor de brujas. Había descubierto decenas y decenas de brujas,

muchas de ellas de donde vos venís, de Cataluña, y todas ellas, casi sin excepción, habían sido ajusticiadas según lo mandan Dios y el Santo Oficio, es decir, quemadas o descuartizadas. Estuvimos hablando un buen rato.

Entrecierra los ojos el escritor, su rostro se contrae, y diríase que contempla en aquel instante un ejército de brujas quemadas, que huele sus carnes abrasadas, que llegan a sus oídos los alaridos de terror cuando las llamas lamen sus pies. Rocamaura permanece inmóvil. Cervantes parece absorto en su mano sana.

—Por Dios que he conocido gentes raras en mis correrías —dice con suavidad—. Pues bien, intrigado de veras, aunque prudente para que no fuera a acusarme a mí de sacrílego, di en preguntarle a don Cosme si por ventura las brujas existían de veras. ¿Sabéis qué me contestó?

Rocamaura niega con la cabeza.

—«No sé si existen de verdad. Yo solo las descubro».

El anciano ríe por lo bajo, una risa tímida y divertida.

—Lo malo de la vejez no es la cercanía de la muerte —prosigue—. Sabe Dios que mi alma y mi conciencia están en paz. Lo malo es que en ocasiones veo en lugares inoportunos a mi señor don Quijote, a Sancho, a los perros, a Rinconete y Cortadillo, y me miran embobados sin decir ni una palabra. No sé si existen, yo solo los descubro, como don Cosme. ¿Son verdad o pura fantasmagoría? No lo sé, Rocamaura, y tal vez no quiera saberlo, ¿entendéis?

—Sí.

—No, no entendéis. Sois demasiado joven. Lo que quiero deciros es que, a veces, la verdad no es buena consejera, y conviene no buscarla. ¡Bartolomé!

—Decidme —responde el posadero.

—Empieza a hacer un frío helador en esta taberna. ¿Queréis matarme a escalofríos? ¡Prended la chimenea,

haced el favor! —Cervantes mira el libro de Avellaneda y luego a Rocamaura—: ¿Veis? Ya le hemos encontrado un buen destino.

—No hay leños —se queja Bartolomé.

—Pues quemad el libro.

—¿Y luego?

—Y luego decidle al mendigo que vaya a por unos cuantos leños. Dadle un maravedí de mi parte. Yo os lo pagaré.

Se va Bartolomé con paso lento a cumplir el recado. Sus pasos resuenan en la estancia desierta.

—Pero ¿no decíais que ese mendigo era un embaucador? —pregunta Rocamaura, desconcertado.

Por toda respuesta, Cervantes se encoge de hombros.

—Embaucador o no, ayer a estas mismas horas le robaron y le dieron de bastonazos. Deberíais haber oído sus ayes desgarrados, sus alaridos de dolor. Bartolomé salió con su garrote y ahuyentó a dos bribones, y luego le invitó a un trago de vino y a media luna de queso. Le pregunté quiénes eran esos malnacidos. «Quiénes van a ser —me dijo—, dos pordioseros que han sentado sus reales en las gradas de San Felipe, mal rayo les parta». Y se tocaba la cara como si quisiera cerciorarse de que seguía allí.

El escritor lanza ahora un suspiro desanimado.

—Es la España de hoy, Rocamaura —prosigue—. Hasta ahora los ricos habían robado a los pobres, como siempre, como durante toda la historia de la Humanidad. Pero ahora, ya veis, son los pobres quienes también roban a los pobres. Es el último peldaño. A buen seguro que el Diablo estará bailando una alegre zarabanda entre sus fogones. Al fin y al cabo, todos iremos a parar a ellos.

—Ya me habían dicho que Madrid es una ciudad poco segura.

—Madrid, Sevilla, Valencia, Barcelona... Qué más da. Es-

paña es insegura y patética. Un imperio que da ganas de reír en el extranjero y ganas de llorar en España.

Juguetea Cervantes con el vaso de vino, y Rocamaura tiene la impresión de que los ojos viejos del escritor solo ven ahora cenizas y escombros. Al cabo de pocos segundos, el anciano sonríe como si acabara de cometer una travesura y su cuerpo se inclina ligeramente hacia delante antes de preguntar:

—¿Qué tenéis ahí que es tan importante para mí?

—Ya sabéis lo que os pido a cambio.

—Por Dios que sois empecinado como un mulo, y misterioso.

El escritor respira hondo, se acomoda en su asiento y da varios sorbos cortos al vaso de vino. Rocamaura, como buen comerciante, intuye que ha llegado el momento de cerrar el trato.

—¿Qué sucedió en Barcelona, señor Cervantes? —pregunta con su suave acento mediterráneo.

La mano derecha del escritor se eleva unos centímetros y luego vuelve a caer sobre la mesa, la palma hacia abajo, los largos dedos, que se adivinan fríos y suaves, extendidos hacia el joven comerciante. En alguna parte del piso superior se despierta el chirrido de un gozne herrumbroso, que en el silencio de la taberna parece el graznido de un pájaro de mal agüero. Rocamaura ahuyenta el recuerdo de las ratas.

—Hemos conversado —dice el escritor—, os he prestado cortésmente atención, os he invitado a vino. Pero todo eso no nos convierte en amigos ni es razón para confidencias. Hora es ya de que yo regrese a mis palabras, y vos a Barcelona o a donde quiera que os dirijáis. No os voy a contar nada, joven comerciante.

—Pero...

—Idos. Y gracias por vuestra visita, como se suele decir. Suspira, se encoge de hombros, se da por vencido Roca-

maura. Entonces se ladea ligeramente y lleva una mano a la bolsa. Cervantes sigue sus movimientos con indiferencia, pero todo cambia cuando el joven visitante deposita con suavidad sobre la mesa el objeto que ha extraído de la bolsa; el rostro del escritor empalidece, se envara su cuerpo como un depredador que hubiera avistado su presa. Es la viva imagen del desconcierto. Por un momento parece que el anciano va a desmayarse, y resulta evidente el esfuerzo que debe realizar para apartar su mirada de la delicada arqueta de madera, pequeña y estropeada, que reposa ante sus narices.

—¿Qué...? —balbucea el escritor, inspeccionando los ojos de Rocamaura—. ¿De dónde habéis sacado eso?

El joven no responde. También él mira la arqueta. Parece hipnotizado por las grietas que la recorren como ríos viejos, por su madera corrupta y sus molduras exquisitas, por la ausencia de barniz allí donde en otros tiempos debió de haber plata repujada. El semblante del anciano es ahora una máscara alucinada, y los labios le tiemblan cuando añade:

—¡Responded, maldita sea! ¿Conocíais a Su Alteza? No, eso es imposible, sois demasiado joven... ¿Habéis estado en la cabaña del puerto? ¿Sabéis de qué cabaña os hablo?

—Sí.

—¿Todavía sigue en pie?

Rocamaura levanta la mirada y niega en silencio.

—La derribaron hace un cuarto de siglo, cuando la peste del 89. Barcelona necesitaba toda la madera que pudiera reunir para quemar los cadáveres infectados, y la cabaña fue de las primeras en ser desmanteladas.

—¿Cómo sabéis todo eso?

—Me lo han contado.

Los ojos del escritor vuelan de Rocamaura a la arqueta, y ahora la escrutan obsesivamente, como si no se creyera que aquel objeto menudo estuviera frente a él o como si quisiera

desentrañar todas las incógnitas de su contenido. «Le han salido grietas nuevas», murmura casi con ternura. Acerca una mano a la oxidada cerradura, pero lo hace poco a poco, como si tuviera miedo de quemarse.

—No la abráis —ordena Rocamaura—. No la toquéis. Aún no es vuestra.

La mano se detiene en el aire y el escritor mira al joven con un mohín de niño triste que arranca un escalofrío al catalán.

—No la habéis robado, ¿verdad? —gruñe Cervantes con rencor, retirando la mano a regañadientes—. Esta arqueta pertenecía a Su Alteza.

—No soy un ladrón.

—Entonces, ¿cómo demonios la habéis conseguido? —El escritor suelta un bufido—. ¿Y qué hay dentro?

—Lo sabréis cuando me contéis qué sucedió en Barcelona.

—Es decir, que la arqueta no está vacía.

—No.

—¿Y lo que hay en su interior es para mí?

—Eso depende de vos.

—¿Depende de mí? Maldita sea, ¿con qué derecho...? Vos no sabéis... No sabéis nada. Ni siquiera sabéis el esfuerzo que me estáis pidiendo.

—Tal vez sepa más de lo que os creéis.

Suspira Cervantes, derrotado por la calculada ambigüedad de Rocamaura, y se aclara la voz. Echa un nuevo vistazo a la arqueta y su rostro arrugado refleja la lucha que se desarrolla en su interior: contra su orgullo, contra tantos interrogantes sin respuesta, contra la curiosidad. Pero, sobre todo, intuye Rocamaura, contra los recuerdos. «Sea —gruñe finalmente, levantando la vista—. Os lo contaré, pero yo también pondré una condición».

—¿Cuál? —pregunta Rocamaura.

—Que no me juzguéis.

—¿Que no os juzgue? Extraña condición.

—Como la vuestra, vive Dios.

—¿Y por qué tendría que juzgaros?

El escritor suspira de nuevo.

—Porque vivimos en un país en que juzgar a los demás, pero nunca a uno mismo, es práctica común. No hay español que no observe con suspicacia lo que hace el vecino, y con tanto observar lo ajeno hurta lo propio de toda ponderación. Aquí juzgamos a todo dios, pero nunca a nosotros mismos.

—Pero yo no...

—Miradme. Soy viejo y tengo ya un pie en el estribo. Durante mi larga vida he sido juzgado demasiadas veces, la mayoría de ellas con mal articuladas razones, y he ido de condena en condena como una oveja de risco en risco. Este anciano que os habla ya tiene bastante con tanto juicio, puesto que la condena más dura, la de la pobreza, ya me ha sido aplicada.

Rocamaura asiente con la cabeza. En un extremo de la posada, Bartolomé no le quita el ojo de encima.

—Sea, pues —dice el catalán—. No más juicios.

—Bien. —Cervantes se rasca la rala barba, parece más sosegado, mira otra vez la arqueta—. ¿Puedo tocarla?

—Tocarla sí.

La mano útil de Cervantes planea sobre la mesa hasta que sus dedos alcanzan la madera dorada. La palpan, la reconocen, recorren temblorosos sus nudos y sus rasguños, la geometría exquisita de la cubierta a dos vertientes. Y, finalmente, la acarician con un cariño de reencuentro.

—Hace más de cuarenta años que la vi por primera vez —dice el anciano con la voz velada por la emoción—. Tal parece que haga más de una vida.

Cervantes se detiene, despega sus dedos de la arqueta y mira con desconfianza a Rocamaura.

—No os olvidaréis de vuestra palabra, ¿no? ¿Me mostraréis qué hay dentro de la arqueta?

—Os lo mostraré y os lo entregaré, si sois sincero.

—¿Por qué no iba a serlo, a estas alturas? ¡Bartolomé, vos sois testigo de la promesa del joven!

—Doy fe —responde el posadero desde su mostrador.

El escritor se remueve en su asiento, tose, respira más aire del que necesita. Rocamaura, entretanto, piensa en su padre, en lo orgulloso que se sentiría su padre si hubiera visto la destreza con la que ha logrado su propósito. «Bien hecho, hijo», le hubiera felicitado con su voz nasal. Una cálida oleada de agradecimiento invade al joven, y siente el repentino impulso de compartirla con su interlocutor.

—Señor Cervantes, quisiera...

—He estado en muchas ciudades —le corta el escritor con voz repentinamente lejana, como si llegara desde otro tiempo—, pero mi llegada a la vuestra fue la más extraordinaria que pueda soñarse, os lo aseguro. Y qué poco sospechaba cuando vi por vez primera las murallas de Barcelona que aquel lugar iba a cambiar mi vida de tantas maneras... Pero ahí estaba yo, un joven hidalgo fugitivo muerto de fatiga y con pocos reales en la bolsa. Pisándome los talones, la guardia real y la infernal amenaza de Mateo Sigura, el más feroz soldado del que hayáis tenido noticia. Alojadas en mis piernas, incontables leguas de camino, puesto que mi huida alocada de Madrid me había llevado antes hasta Sevilla. Y ante mis ojos, una tierra extraña que, literalmente, y para mi enorme sorpresa, estaba siendo consumida por las llamas.